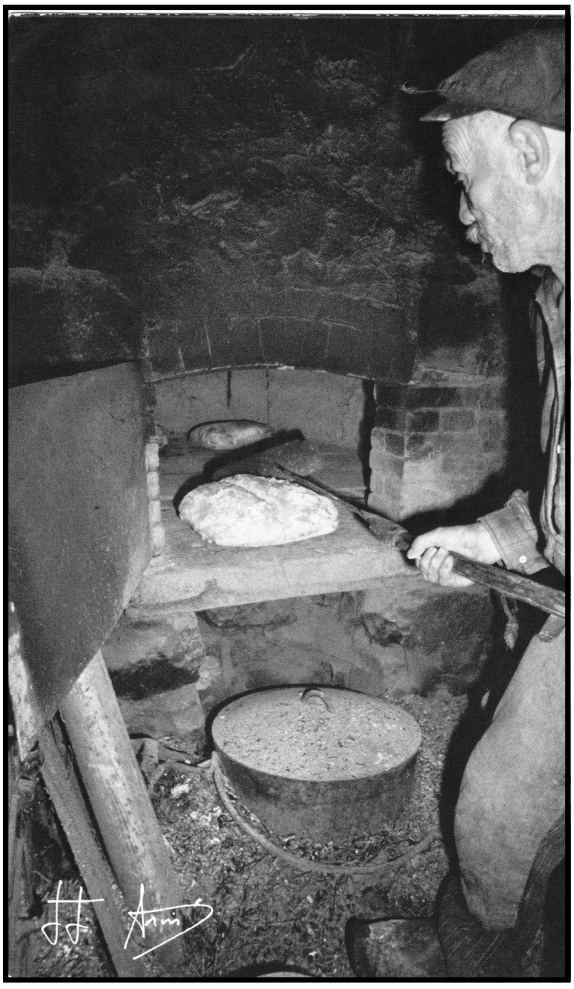
El pan



El exhaustivo y amoroso trabajo que la Universidad del Salvador ha venido haciendo primero con los libros de la Biblioteca de La Capataza de su Casa Museo en el Cerro Colorado, y luego con el numeroso material que forma parte del Fondo Atahualpa Yupanqui —además de permitirnos entrar silenciosamente en el mundo interior de este excepcional artista—, nos permite también descubrir aspectos no tan conocidos de su vida, pero reveladores de su hondura.

Un pequeño ejemplo de esta dimensión lo constituye la costumbre de Atahualpa de adquirir en cada uno de sus innumerables viajes un gran número de postales del lugar, no solo como recuerdos sino también para poder usarlas a modo de breves cartas a sus seres queridos y a sus amigos. Hasta aquí, podemos decir que no es algo que deba llamarnos demasiado la atención, sobre todo teniendo en cuenta los limitados medios de comunicación de aquellos tiempos y los escasos momentos que nuestro artista tenía entre concierto y concierto y entre viaje y viaje.

Pero sí es fascinante descubrir cómo en más de una ocasión una humilde postal ha podido ser el instrumento elegido donde se condense y se exprese mucho de ese manantial poético que latía en su corazón. El texto que hoy acercamos es una prueba palpable de este tesoro escondido. Un tesoro que misteriosamente creo poder vincular con aquello que Atahualpa solía decir acerca de las coplas:

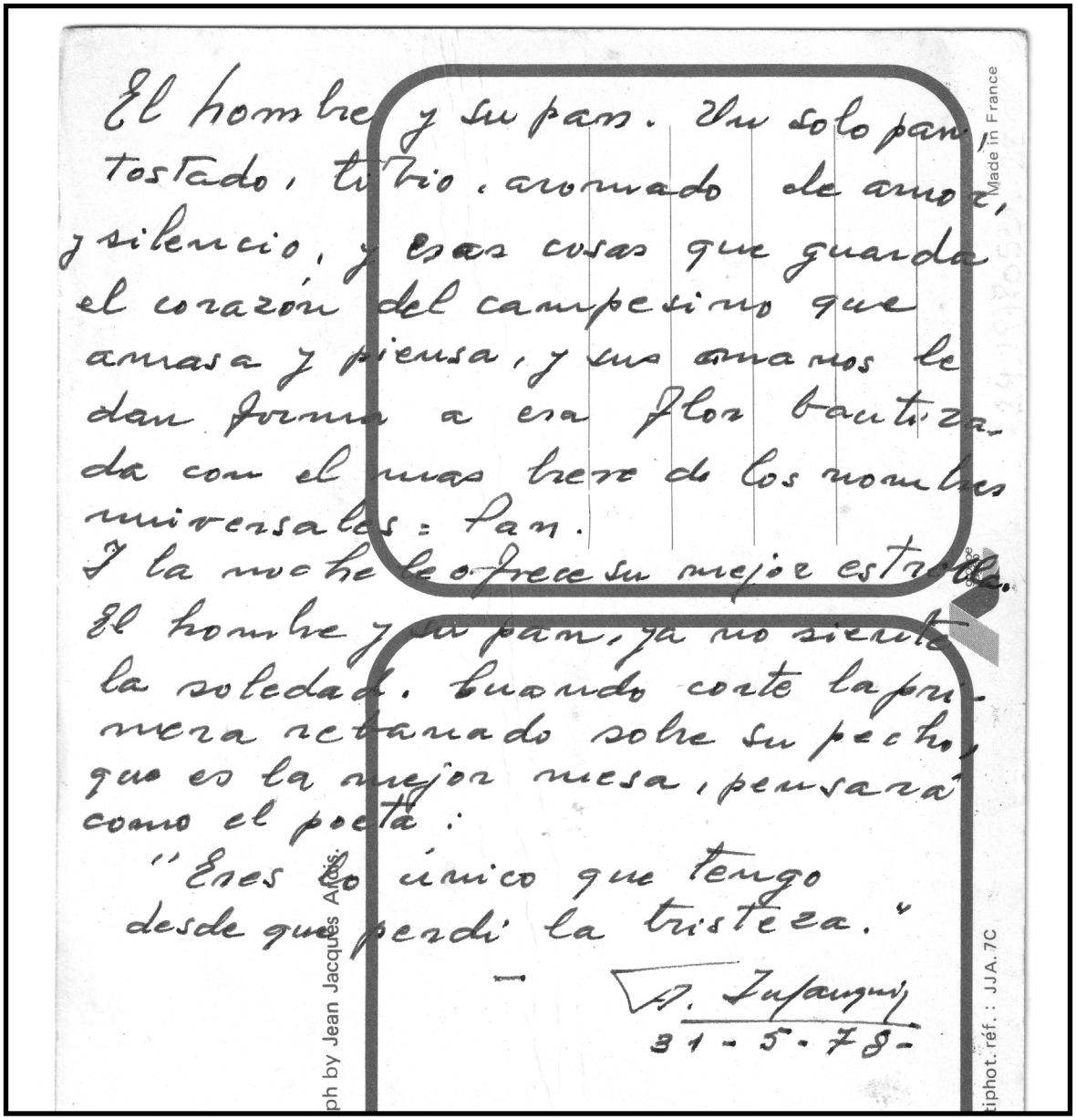
> *Nuestros grandes poetas hacen muy bien en firmar sus poemas, pero no deberían firmar sus coplas. Deberían más bien dejarlas en un banco de una plaza o en la mesa de un bar, escritas en un papel pero sin reclamar su autoría. Las coplas son "golondrinas sin pasaporte". No faltará quién las encuentre, las rece, las llore, las haga suyas y las incorpore luego a su mundo interior, algunos más, otros menos, por aquello de que "cada uno se tapa hasta donde le alcanza el poncho".*[55]

Es así que en el reducido espacio de una simple postal (que ya ha dejado de ser

[55]Introducción realizada por Atahualpa antes de cantar *Coplas de baguala del valle Calchaquí*. *https://www.youtube.com/watch?v=GLU3-HOApZE*

para siempre una anodina banalidad turística, para transformarse en una milagrosa copla trashumante), en su reverso Yupanqui escribió una vez estas breves líneas:

> *El hombre y su pan. Un solo pan, tostado, tibio, aromado de amor y silencio; y esas cosas que guarda el corazón del campesino que amasa y piensa, y sus manos le dan forma a esa flor bautizada con el más breve de los nombres universales: Pan.*
> *Y la noche le ofrece su mejor estrella. El hombre y su pan, ya no siente la soledad. Cuando corte la primera rebanada sobre su pecho, que es la mejor mesa, pensará como el poeta:*
>
> *"Eres lo único que tengo*
> *desde que perdí la tristeza"*
>
> A. Yupanqui
> 31-5-78
> *(Código: 3.2.2.1_d23)*



Al recibir esta joya y abismarnos al misterio de honda belleza que su simple ritual apenas logra esconder, comprendemos con corazón emocionado qué cierto es aquello que alguna vez supo decir Peteco Carabajal hablando de las manos de su madre, en su hermosa canción *Como pájaros en el aire*: "lo cotidiano se vuelve mágico". Sí, esto es así cuando somos capaces de atravesar su corteza y nos asomamos al amor silencioso que todo lo fecunda y transfigura. En el caso de Atahualpa, aunque desconocemos su origen preciso, intuimos que habrá brotado de su asombro niño o joven al ser testigo de este momento sagrado y que se le grabó muy dentro suyo, por aquello de que él mismo aprendió después: "lo que d'entra a la cabeza, de la cabeza se va; lo que d'entra al corazón, se queda y no se va más. (…) Al corazón sólo d'entra la pura verdad".[56]

La obra toda de Atahualpa es —tomando prestada una expresión suya— un inmenso "rosario lírico", que se nos ofrece en cada canción, en cada poema, en cada relato. Pero estemos atentos porque es probable que también nos salga al encuentro —de manera inesperada como una gracia inmerecida— en la letra prolija de una carta, en la sobria dedicatoria de un libro y hasta en el reverso de una postal…

Cuando la hallemos, cuando la acerquemos a la mesa de nuestro pecho para asimilarla lentamente como sabrosas rebanadas de pan, probablemente nos sentiremos menos solos también nosotros. Pero con seguridad seremos un poco más buenos, "buenos como el pan".

Gracias, don Ata, por tanto…

[56]Yupanqui, A. (1976). *La pura verdad: canción.* Código: AM04.1